

MEDIO SIGLO

Cincuenta años de edad y ya le temblaba la mano. Eso le preocupó menos que el constatar que su vista ya no era tan buena como antes. ¿Son muchos o pocos los años, los meses y los días que contiene un medio siglo? Por supuesto que pocos, se contestó a sí mismo, agregando: yo apenas y estoy comenzando a vivir. Mentalmente hizo un resumen de su vida: Treinta años dedicados a crecer, a aprender lo que es el amor, a estudiar, a formar una familia, a terminar una carrera, a ejercerla en clínicas y hospitales. ¿Después? Después otros veinte años dedicados a estar sentado frente a un escritorio, a olvidar lo aprendido, a des enamorarse de su esposa, a aprender que los hijos pueden abandonarnos. ¿Cómo fue mi vida cualitativamente? se preguntó, mientras daba la primera puntada. Pobre, muy pobre en experiencias que valieran la pena. Lo suyo era lo común y corriente: estudios, casa, trabajo y familia; familia, trabajo, casa y estudios. Y ahí párenle. Nada de fiestas frecuentes, viajes, comilonas, aventuras, algún vicio, amantes. Esto último menos. Siempre le fue fiel a su mujer, aún en el tiempo en que dejaron de dormir en la misma cama. Qué maravilla que pude divorciarme, se dijo. El segundo punto fue más difícil. Por falta de práctica empezó a sudar y con el sudor se le escapaba la aguja. Recordó con fría sonrisa que su deseo mayor fue ser un gran cirujano de corazón. Ahora rió, río de su torpeza al coser. En ese momento le preocupó la hora. Había dejado el reloj en el baño. Calculó que serían cerca de las once de la noche. ¡Maldición!, exclamó, a esta hora quedé en pasar por ella. Le gustaba que su novia actual, por llamarla de algún modo pues todavía no era su amante, pero ya lo sería muy pronto, trabajara en la televisión; en ese momento ya no era celoso como lo fue con su esposa, al contrario, estaba orgulloso de que los demás se fijaran en el

cuerpo de ella, que lo envidiaran. Lanzó un breve quejido al enterrarse la punta de la afilada aguja en el dedo índice izquierdo; lo observó un momento, vio que no sangraba y eso lo tranquilizó. Siguió cosiendo; ahora lo hacía con furia, como si el piquete hubiera cambiado todo. Me vale que esto sea una emergencia, gritó, más que dijo; en maldita hora se me ocurrió aceptar. Ahora el temblor de sus dedos era mayor; por ello carajeó a la aguja, al hilo, a lo estrecho del lugar, a la hora, a su ineptitud. Recordó la facilidad de algunos de sus compañeros al cortar en lo profundo del tórax o del abdomen y después coser. Él siempre fue incapaz. En la siguiente puntada perdió la aguja, tardó algunos segundos en encontrarla. Nuevamente se arrepintió de haber aceptado este desafío. ¿Qué tal si no continúo y dejo todo como estaba? No, se respondió, jamás he hecho algo parecido; si algo soy, es ser íntegro, conciente de mis deberes. Jamás había dejado nada a medio hacer. Nunca lo hizo, ni siquiera cuando tuvo que quitarle la patria potestad a su mujer y quedarse con los hijos sin saber cómo los iba a educar, cuidar, darles de comer. Por alguna falla exterior el brillo de la luz disminuyó y su esfuerzo para continuar con su labor fue mayor. Estaba seguro que bizqueaba, por algo veía dos agujas. Ni modo que fuera por las copas que tomé antes de empezar, se dijo, no muy seguro de la verdad. Si al menos tuviera alguien que me ayudara, que me pasara la tijera cuando fuera necesario. Se tranquilizó al ver a este instrumento al alcance de su mano. Sin saber a que achacarlo notó que podía manejar con mayor facilidad la aguja; que ésta subía y bajaba con mayor ligereza. Sonrió con orgullo. La tijera hizo un pequeño ruido al cortar el hilo y eso fue el final. Al fin pudo el médico secarse el sudor de su frente. Contempló su trabajo. Fue el primero en reconocer que no era precisamente una obra de arte, que la superficie se veía un poco fruncida; pero eso no importaba, afirmó, el chiste es que fuera funcional y sí lo era. A continuación fue al baño a lavarse la cara y las manos, se puso el reloj y

la camisa. Con cuidado se fue abotonando. Al llegar al último botón, el del cuello, lo tomó y le dio un fuerte tirón para comprobar su resistencia. El botón aguantó. Soy un chingón, se dijo, y pensar que mi mujer me aseguró que nunca iba a poder coser una camisa, que los que llegan a medio siglo ya no aprenden nada. Volvió a sonreír, guardó la aguja, el hilo y la tijera en el estuche. Fue por la corbata.

TOMÁS URTUSÁSTEGUI

2001

í